

Los marcadores *che* y *boludo*: ¿un caso de rivalidad conversacional?¹

Markéta Šmídová (České Budějovice)

RESUMEN

Se ha sugerido recientemente que el marcador conversacional argentino *che* está siendo reemplazado por otra expresión típica, *boludo*. El propósito del presente trabajo es brindar un análisis comparativo piloto de estos dos marcadores argentinos con el fin de examinar su libre conmutabilidad y de refutarla finalmente. La prueba de la conmutación ha sido la herramienta principal para comparar el comportamiento y las funciones de *che* y de *boludo* y ha permitido revelar contextos en los que sería inaceptable o inapropiado emplear *boludo* en lugar de *che* debido a la posible violación de las normas de cortesía. Las perspectivas sociolingüística y pragmática son las que predominan en el presente estudio, aunque algunos fenómenos culturales importantes se han tomado en cuenta también.

PALABRAS CLAVE

che, *boludo*, análisis comparativo, lenguaje cotidiano, sociolingüística

ABSTRACT

It has been recently suggested that the Argentinian conversational marker *che* is being replaced by another typical expression, *boludo*. The purpose of the present paper is to provide a pilot comparative study of these two Argentinian markers in order to examine their free interchangeability and to refute it eventually. A commutation test has been used as a basic tool to compare the behavior and functions of *che* and *boludo* and the results have helped to reveal contexts in which it would be inadmissible or inappropriate to employ *boludo* instead of *che* due to the possible violation of politeness norms. In the article, *che* and *boludo* are considered mainly from the sociolinguistic and pragmatic approaches although some important cultural phenomena are discussed as well.

KEYWORDS

che, *boludo*, comparative analysis, everyday language, sociolinguistics

1. INTRODUCCIÓN

Che y *boludo* podrían coexistir uno al lado del otro sin generar mucha controversia, tal y como pasa en el caso de los demás marcadores conversacionales, no obstante, la realidad es distinta. Hay quienes sostienen (entre otros, las lingüistas Ramírez Gelbes y Estrada 2003, véase más adelante) que *che*, que solía ser marca única de la argentinidad, últimamente está siendo reemplazado por *boludo*, es decir, que ya no es *che* la palabra que mejor define al pueblo argentino, sino que esa función la asumió *boludo*. Por otra parte, existe asimismo un grupo de autores y otros representantes que se oponen a tal afirmación. A esta polémica, sin embargo, no se le ha prestado mucha atención científica aún. El presente artículo, por tanto, pretende introducir algunos

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación 024/2015/H subvencionado por la Universidad de Bohemia del Sur, República Checa.



argumentos lingüísticos y socioculturales que esperamos puedan conducir a una discusión más madura de la que hemos sido testigos hasta hoy.

El trabajo parte de dos proyectos de investigación que se llevaron a cabo en los años 2014 y 2015 en Buenos Aires y en sus alrededores. El objetivo del primero –que se basó exclusivamente en los ejemplos del habla informal recolectados *in situ* por la investigadora– fue examinar el comportamiento sociolingüístico del marcador *che*. El análisis constó de dos partes: el análisis funcional-cualitativo y el análisis cuantitativo.² Algunas reflexiones por parte de los nativos sobre el uso recurrente de *boludo*, otro marcador argentino, motivaron posteriormente la ampliación del corpus iniciado en el año 2014 y desembocaron en un nuevo proyecto de investigación (2015), cuyo primer resultado es el actual análisis comparativo de los marcadores conversacionales *che* y *boludo*. Dado que el español uruguayo esta vez queda fuera de nuestro interés, nos limitamos a hablar sobre la variedad argentina y no la rioplatense en general.

A los ejemplos reales aquí presentados se han aplicado las normas de transcripción propuestas por el grupo Val.Es.Co. (2005), ajustadas a las necesidades del presente. Todos los nombres que aparecen son pseudónimos o apodos.

2. CHE Y BOLUDO: ¿EQUIVALENTES?

En épocas anteriores, no había quien dudara de cómo señalar a una persona de origen argentino, sea dentro del mismo país o cruzando las fronteras, en el extranjero. Ya la misma historia nos dejó y conservó una huella importante de la palabra más difundida en el español argentino en forma de apodo de un revolucionario socialista, el célebre Che Guevara. En ocasiones, como es el caso de algunos europeos, se nos fue olvidando (debido quizás a la letra mayúscula) que *Che* era tan solo un apodo relacionado con el habla de los argentinos y no el propio nombre del revolucionario. No obstante, entre los cubanos y otros latinoamericanos de su época, el *che* cumplía principalmente la función de una marca distintiva de la argentinidad.

De acuerdo con esta tendencia, hay diccionarios, guías y otros medios de comunicación que definen *che* como un sinónimo del pueblo argentino, lo etiquetan como otro gentilicio de la Argentina o, al menos, como una palabra relativa a dicho país latinoamericano. Veamos algunos ejemplos:

(1) ASALE (2010): “che” en el *Diccionario de americanismos* (en línea):
I. adj. Ho, Pe; Ch, p.u. Relativo a la Argentina.

(2) Bracken (2005, 2a ed. 2008): “che” en *¡Che Boludo!, A Gringo’s Guide to Understanding the Argentines*, p. 24:

2 En el análisis cuantitativo participaron 24 hablantes argentinos como representantes de cuatro clases sociales, tres grupos etarios y de ambos sexos (ver los criterios en Šmídová 2014: 13ss.).

*It is also to be understood that **che** was not adopted into Argentine vocabulary from Argentine revolutionary hero Ernesto ‘**Che**’ Guevara. **Che** Guevara received his nickname because the Argentine’s frequent use of *che* often distinguishes them from other Latin Americans.



(3) Ramos Signes (2013) para el diario *LA GACETA* (en línea):

En todos los países hispanoamericanos, “che” es sinónimo de “argentino”; ambas palabras designan lo mismo y, en algunos casos, con una impronta gloriosa sustituyendo a un nombre propio.

Un intercambio real (registrado en el año 2012 en la Universidad de Granada, cf. ŠmíDOVÁ 2012: 7), en cuyo transcurso ciertos estudiantes españoles criticaron el acento de su compañero argentino, demuestra que sigue habiendo quienes utilizan la voz *che* para referirse a los argentinos, incluso añadiéndole un matiz despectivo:

(4) A: ese tío es un **che** total/ lleva aquí ya un par de añitos pero.. se le sigue notando su acento boludo

(5) B: a ese chaval no se le entiende ni una sola palabra§

C: ¿es que es un **CHE** que no veas

Como vemos, la tradición del *che* no desapareció con la muerte del famoso revolucionario, sin embargo, ya en el 2003 (sin negar que el debate haya podido existir antes) documentamos una afirmación bastante controvertida y audaz de las lingüistas Ramírez Gelbes y Estrada quienes, al desarrollar una discusión etimológica de la palabra *boludo*, sostienen lo siguiente (las negritas son nuestras):

Este significado injurioso de boludo/a convive, sin embargo, con una versión no injuriosa. Pareciera, entonces, que en determinadas ocasiones el vocativo boludo ha perdido su carácter de insulto y que se ha convertido en el **equivalente** de la forma **che** que solía distinguir a los argentinos y a las argentinas hace algunas décadas. (Ramírez Gelbes — Estrada 2003: 337)

Diez años después resuena otra aseveración parecida. En el VI Congreso de la Lengua Española del 2013 en Panamá, Juan Gelman es elegido como representante de la nación argentina para contestar la siguiente pregunta general: “¿Cómo identificar a un país con una sola palabra?” Pese a que en el caso de la Argentina se estaba ofreciendo el vocablo *che*, la respuesta es algo inesperada. “*Boludo*.” Tal decisión Gelman la justifica de la manera siguiente:

Es un término muy popular y dueño de una gran ambivalencia hoy. Entraña la referencia a una persona estúpida o idiota; pero no siempre implica esa connotación de insulto o despectiva. En los últimos años me ha sorprendido la acepción o su empleo entre amigos, casi como un comodín de complicidad. Ha venido perdiendo el sentido insultante. Ha mutado a un lado más desenfadado, pero sin perder su origen. (Gelman 2013, *iProfesional.com* en línea)



A estas observaciones se les suman otras definiciones poco fundamentadas de diversos diccionarios populares o pseudodiccionarios electrónicos en los que se afirma que *boludo* significa *che*. (Tal es el caso de “Las palabras argentinas que nadie más entiende,” *DiarioVeloz.com* 24/7 en línea etc.)

Ahora, ¿es verdad que el marcador *boludo* podría considerarse **equivalente**³ al marcador *che*, según afirman Ramírez Gelbes y Estrada (2003)? En realidad, se ha formado un grupo de los que coinciden en que *che* está perdiendo el valor definitorio del pueblo argentino y que, en dicho sentido, está siendo reemplazado por *boludo*. Por otra parte, existe asimismo un grupo representado por los defensores de la tradición que se opone a tal afirmación. Los últimos sostienen que el marcador *boludo* (o su versión femenina) es un mero modismo, mientras que *che* es una marca conversacional de mucha historia y que sigue disfrutando de una gran popularidad en la Argentina de hoy. Uno de ellos es el ya mencionado Ramos Signes (2013).

He aquí, pues, un debate controvertido motivado por un argumento lingüístico, cuyos fundamentos, sin embargo, residen en una realidad extralingüística. A saber, la idea de la equivalencia entre los dos marcadores según la presentan las lingüistas Ramírez Gelbes y Estrada (2003) no deriva de un análisis funcional, sino que está basada en una cuestión más bien sociocultural: la representación del pueblo argentino. Se cruzan, entonces, dos planos de investigación heterogéneos. En las páginas que siguen, por tanto, proponemos una nueva forma de estudiar la relación entre dichos marcadores con el fin de fomentar una discusión más fundada. El análisis comparativo será, pues, preferentemente funcional, aunque no podemos abstenernos por completo del concepto de la argentinidad, ya que éste se ha mostrado un importante rasgo de diferenciación en lo que respecta a la variación estilística (cf. las secciones 8 y 9).

Los principales argumentos atañen varios marcos lingüísticos (cf. la sección 4) y algunos culturales que, por lo anterior, no pretenden ser estrictamente homogéneos. Todos, no obstante, tienen como referente la desigualdad de los marcadores conversacionales *che* y *boludo/a*. Falta decir que el contenido de las páginas que siguen es una breve mirada al tema y su profundización será el objetivo de los próximos trabajos de la autora.

3. CHE Y BOLUDO EN EL MARCO DEL ANÁLISIS CATEGORIAL

A pesar de que a ambos vocablos en cuenta (bajo determinadas condiciones) se les suele adjudicar la función *vocativa* (o *apelativa*), y parecería entonces que los dos marcadores conversacionales representan el mismo grupo en lo que respecta al enfoque categorial, no es del todo así. En primer lugar, sobre *che*, como bien es sabido, se suele decir que es de origen interjectivo (ya esta misma afirmación se merecería una digresión profunda de la que, sin embargo, no podemos ocuparnos en esta ocasión), por otra parte *boludo/a*, sin duda alguna, es un adjetivo o, en muchos casos, un adjetivo

3 Por *equivalente* entendemos: “ser igual uno al otro en la estimación, valor, potencia o eficacia.” Tomado del Diccionario de la lengua española de la RAE (2014, 23ª ed.: “equivaler”, posic. 1, en línea).

sustantivado. Ya la propia gramática nos lleva a indicar, pues, la primera distinción que, por más que pueda resultar insignificante a nivel del discurso, hay que tomarla en consideración, ya que las propiedades gramaticales se reflejan de alguna forma también en las funciones discursivas (cf. las secciones 4 y 5).



4. APUNTES TERMINOLÓGICOS Y CONCEPTUALES

Antes de presentar otros argumentos fundamentales, es imprescindible hacer una breve digresión terminológica y conceptual. Entre los lingüistas no hay acuerdo sobre si incluir ciertos *vocativos* en el grupo de los tal llamados *marcadores discursivos* (como proponen los autores citados más adelante en esta sección) o si estudiarlos por separado, como dos categorías diferentes (este modelo se sigue por ejemplo en De Cock 2014: 231, 237; Fraser 1999: 942 etc.).

Dado que este problema ya excede los límites del presente estudio, nos conformaremos con tan solo mencionar a algunos autores que el *vocativo* lo incluyen en el sistema de los *marcadores discursivos*: según Portolés y Martín Zorraquino (1999: 4080–4191) los vocativos *hombre* y *tío* pertenecerían al grupo de *marcadores conversacionales*; Calsamiglia y Tusón (1999: 248) para *hombre*, *mujer*, *tío* eligen la categoría de *marcadores del discurso espontáneo*; de acuerdo con la clasificación de Boyero Rodríguez (2005: 346), *hombre*, *mujer*, *hijo/a* son *marcadores Tipo fático nominal vocativo*; Jørgensen (2009: 179, 2011: 130) *tío/a*, *tronco*, *huevón/a*, *boludo/a* los considera *marcadores apelativo-fáticos* etc.

Basándonos en las autoridades arriba mencionadas, podríamos proceder a definir el vocativo *boludo/a* como marcador conversacional sin sentir la necesidad de defender nuestra postura. Sin embargo, para no partir de un vacío argumentativo, he aquí al menos algunas citas sobre los vocativos que justifican tal conducta:

El vocativo, gracias a su función marcadora y de enfoque, puede llegar a ser incluido en los **marcadores pragmáticos** (Dini 1996: 57)

no es extraño que elementos usados preferentemente como vocativos aparezcan en algunas clasificaciones sobre **conectores**, también debido a sus usos continuativos. Tal es el caso de *tío* en Fuentes (1990). (Pons 1998: 24)

nowadays (...) there is nothing left of its [güey] original semantics or of its vocative function, and it should most appropriately be classified as a **discourse marker** (Kleinknecht 2013: 142)

Es evidente, pues, que existe cierta tendencia a tratar determinados vocativos como marcadores discursivos o conversacionales. Este conocimiento es esencial para delimitar con qué ocurrencias de *boludo/a* trabajaremos aquí y desde qué perspectiva partiremos en la comparación de *che* y *boludo/a*. Visto que *boludo/a* muchas veces aparece plenamente integrado en la oración y sigue desempeñando así su papel primario de un adjetivo o un adjetivo sustantivado, tenemos que separar tales ocurrencias de las que nos interesan a nivel del discurso, es decir, a nivel supraoracional. Para lograr



eso, hay que acudir al criterio de la independencia sintáctica, propia de los marcadores. Nos interesará, por tanto, todo *boludo/a* que cumpla con el requisito de manifestar autonomía sintáctica, es decir, el de funcionar como elemento gramaticalmente marginal (criterio válido también para *che*).

Luego, además de considerar el enfoque pragmático, es imprescindible tener en cuenta la perspectiva sociolingüística, ya que, como bien es sabido, la conversación es una de las formas más naturales de la socialización humana y todo marcador (sea ya *boludo/a*, *che* o cualquier otro) empleado en un contexto interactivo funcionará necesariamente como agente social. Finalmente, para poder comparar el comportamiento de los dos marcadores aquí estudiados, trabajaremos también con la expresividad y con los estilos y registros funcionales. Dicho esto, cerramos la discusión terminológica para volver con el objetivo primario del presente: el de realizar un análisis comparativo piloto de *che* y *boludo/a* como marcas conversacionales propias del español argentino, que supuestamente compiten entre sí.

5. CHE Y BOLUDO COMO VOCATIVOS Y SU FUNCIÓN CONVERSACIONAL PRIMARIA

Como hemos visto anteriormente, la voz *che*, así como la palabra *boludo/a* en su versión sintácticamente autónoma e independiente, pueden considerarse marcadores conversacionales y, además, representan la función que en el latín se le adjudicaba al caso vocativo. Las dos expresiones son, pues, desde una mirada (reflejada también en la nueva acepción de la palabra “vocativo” en el DLE de la RAE, 23ª ed. 2014: “1. *adj. Gram.* Dicho de una expresión nominal: Que se usa en función apelativa; p. ej., *Pepe en Pepe, ven un momento, por favor. U. t. c. s. m.*; 2. *adj. Gram.* Apelativo. Uso vocativo.; 3. *m. Gram.* caso vocativo.; 4. *m. Gram.* Expresión en caso vocativo.”) **vocativos**. Si consultamos el libro de Bañón Hernández (1993: 73) donde el autor nos sugiere (entre otras posibilidades) seguir la propuesta de la superestructura conversacional de Teun van Dijk como punto de partida para distinguir entre diferentes tipos de vocativos, no tardaremos en comprobar (gracias también a la prueba de conmutación) que *che* y *boludo/a* no siempre se identificarían con las mismas fases conversacionales. Así, el marcador *che* con frecuencia funciona como una *expresión de preparación* (o una mera llamada de atención, que suele ser de origen interjectivo) que precede a una *expresión de apertura* (en esta categoría ya caería *boludo/a*).

Para demostrar lo dicho, resulta suficiente fijarnos en las construcciones fundamentales que forma el *che* y sustituirlo por el marcador *boludo/a*:

- | | | | | |
|-----|-----------------------------|--------------------|---|----------------------------|
| (6) | Che + nombre propio: | <i>Che, Moní</i> | ≠ | * <i>Boluda, Moní</i> |
| (7) | Che + nombre común: | <i>Che, chicos</i> | ≠ | * <i>Boludo(s), chicos</i> |
| (8) | Che + otro marcador: | <i>Che, boludo</i> | ≠ | * <i>Boludo, boludo</i> |

Como vemos, el marcador *che* tiene capacidad de atraer la atención del interlocutor deseado sin insultarlo, mientras que *boludo/a* carece de ésta. Por otra parte, *boludo/a* se desarrolla fácilmente en el punto de *apertura* conversacional y además es una señal que, de acuerdo con las palabras de Rigatuso (1987: 172–174 en Bañón Hernán-

dez 1993: 76ss.), “permite ubicar al hablante dentro de determinado nivel sociocultural, sexo, edad, tipo de personalidad, actitud personal etc.” Asimismo, utilizar un ¡Che! independiente en la calle para llamar la atención de uno (sin ofenderlo) y establecer una comunicación con esa persona es perfectamente posible, en cambio emplear así un ¡Boludo! no solo que es poco común, sino que también requiere un marco situacional y social bien definido para que no suene vulgar, como un insulto o falta de respeto.



6. CHE Y BOLUDO EN EL HOGAR Y EN LA FAMILIA: RELACIONES DE JERARQUÍA E INTIMIDAD

Otra diferencia en el comportamiento y en el empleo de los marcadores *che* y *boludo/a* la podemos hallar en el hogar. En una familia argentina promedia, el *chequeo* es generalmente aceptado y el marcador *che* lo emplean casi indistintamente todos los miembros de la familia dirigiéndose a otros (ej. no. 9):

- (9) Notas: intercambio entre hija (23 años) y su padre (53 años); Hja1 (hija 1), Pad (padre)
 Hja1: che/ pá/ me alcanzás la sal por favor
 Pad: tené querida

Por otra parte, el empleo del marcador *boludo/a* no siempre se considera aceptable y se deben (o se suelen) obedecer algunas normas que derivan de las relaciones jerárquicas que se dan en la familia. Por eso es común que el marcador *boludo/a* se dé entre hermanos, es decir, entre personas del mismo rango familiar, de alto grado de intimidad y más o menos del mismo rango de edad. Su empleo generalmente se permite también entre primos y, en ciertas ocasiones, *boludo/a* puede llegar a surgir hasta en la comunicación hijo/a ↔ madre (como demuestra el ejemplo 10 más abajo). Por el contrario, es poco común la ocurrencia de *boludo/a* en un intercambio hijo/a ↔ padre, ya que el padre suele representar la cima de la pirámide jerárquica familiar.

El siguiente ejemplo es una reproducción de un intercambio entre una madre de 49 años y su hija de 21 años. Las dos son representantes de la clase media alta argentina, la madre es contable y su hija analista financiera. La conversación se da después de cenar, cuando la madre está preguntando por si alguien de los presentes desea un café.

- (10) Notas: Mad (madre), Hja2 (hija 2)
 Mad: ¿quién quiere un café?
 Hja2: yo/ yo quiero
 Mad: ¿en ésta? (INDICANDO UNA TAZA CHIQUITA)
 Hja2: no/ esta taza nunca me gustó má
 Mad: y cuál te gusta/ BOLU↑DA→ (ASOMBRO)/// ¿cortado?
 Hja2: nooo↑/ boluuu→// era eestee (INDICANDO UN VASO MÁS GRANDE)
 Mad: ¿con leeché?
 Hja2: sí/ con leeché// ¡te dije largo/ nooo corto! (RISAS)



Como vemos, tanto la madre como la hija utilizan *boluda*. Hace falta destacar, sin embargo, que por más que pueda resultar una discusión, el tono de la conversación es muy relajado, y que las dos ocurrencias de *boluda* o *bolú* (su forma apocopada) se emplean en broma. Por eso, la violación de las normas de jerarquía no es sancionada ni se percibe impertinente, ya que más bien indica un grado muy alto de intimidad entre las hablantes y la conexión entre ellas; de ahí su capacidad de reconocer una broma e interpretarla correctamente.

Siguiendo el modelo de las relaciones de jerarquía e intimidad que se dan en la familia tal y como lo propone Tannen (2007: 29–30), podríamos llegar a la conclusión de que mientras que *che* es una muletilla de aceptabilidad general y estilísticamente menos marcada, *boludo/a* es un marcador que se somete al orden jerárquico familiar; fenómeno similar que se puede observar también en el ámbito académico o más formal (véase más adelante). Ahora bien, hay que recordar que no todas las familias son iguales y que siempre hay lugar para excepciones:

Si observamos a una familia de clase media baja o baja, el grado de probabilidad de que en la relación hijo/a-padre surja un *boludo/a* aumenta, y más todavía si en tal familia todos o la mayoría de los hijos son varones y comparten intereses (como puede ser el fútbol, rugby y otros deportes, el motorismo, las tecnologías modernas etc.) con el padre. Bajo tales condiciones es perfectamente posible que el marcador *boludo* se dé hasta con una frecuencia más elevada. Por tanto, además de tener en cuenta el nivel socioeconómico de las familias estudiadas y las relaciones jerárquicas en ellas, no se nos debe olvidar la importancia del nivel de intimidad entre los miembros de la familia (como demuestra asimismo el ejemplo anterior, el no. 10). Dicho en términos de Tannen (2007: 28–29 etc.):

Every utterance is a complex interplay of both, power maneuvers and connection maneuvers. (...) Any utterance can reflect and create either power or solidarity (be ambiguous) and/or both at once (be polysemous).

Para resumir, cuanto más estrechas sean las relaciones entre los hablantes estudiados, tanta mayor probabilidad de que se pueda llegar a emplear un *boludo/a* sin ofender al interlocutor habrá. El *boludo/a* es, por eso, un signo de alta complicidad, cuyo grado fácilmente superaría el de cualquier *che* que, aun considerándose también una marca de confianza, podría figurar en intercambios de relaciones personales algo más jerárquicas. (ver también la sección 7)

7. CHE Y BOLUDO EN EL ÁMBITO ACADÉMICO, LABORAL Y EN OTROS ENTORNOS FORMALES Y SEMIFORMALES (COMUNICACIÓN INFORMAL)

En primer lugar, hay que advertir que si bien este apartado está dedicado al ámbito laboral, académico y escolar y, por tanto, formal, el lenguaje que se somete al análisis es fundamentalmente informal. En otras palabras, aunque los intercambios estudiados en esta sección se dieron en entornos más formales, no dejan de ser conversaciones informales que tratan temas cotidianos.



Esta vez partimos, entonces, de la oposición formal-informal en lo que se refiere al contexto comunicativo y/o situacional inmediato. A través de los siguientes ejemplos y sirviéndonos nuevamente de la prueba de conmutación, podemos comprobar que en determinadas situaciones (reales) en las que se dio el *che*, habría sido inadmisibile (desde los puntos de vista pragmático y estilístico) el empleo del marcador *boludo/a*.

El primero de los ejemplos se llegó a grabar en el ámbito académico. A pesar de que el intercambio concierne a un tema cotidiano (el almuerzo), no deja de ser una conversación entre compañeros de trabajo, y más concretamente, entre la directora de un centro de investigación universitario y sus demás miembros. La situación comunicativa es la siguiente: cuando la directora estaba conversando con su compañera sobre la comida que habían pedido para almorzar, irrumpió en el debate otro miembro del centro, captó la atención de la directora, cambió el tema del discurso y recordó la necesidad de tramitar algo importante.

Ya el análisis anterior (Šmídová 2014: 7) reveló que la función que el *che* estaba cumpliendo en el contexto dado era la tal llamada *directiva* o *conativa*, y que a la vez se trataba de una partícula introductoria de un tema nuevo. Pese a que el marcador *boludo/a* también tiene la capacidad de introducir o invocar un cambio de tema y demandar que el interlocutor actúe, y si bien las relaciones entre los miembros del centro manifiestan cierto grado de solidaridad e intimidad; el orden jerárquico, o bien las relaciones de poder establecidas entre la directora y sus subordinados no permiten el empleo de dicho marcador, ya que se trataría de un acto descortés, de una violación de las normas de comunicación y de un abuso de confianza –cosa que al usar el *che* no sucede–. Observemos:

- (11) Notas: Dir (directora), Sub₁ (subordinada₁), Vis (visitante), Sub₂ (subordinado₂)
 Dir: la próxima↑/ me parece que yo también me voy a pedir de pollo
 Sub₁: ah// no está muy bueno ¿eso?
 Dir: mmm↑
 Sub₁: ¿mucho sal?
 Dir: mmm↑// está bien↑/ pero..
 Vis: ah/ buen provecho
 Dir: graacias
 Sub₂: **che**→// habría que contestar esta información/ pero vendría a ser algo así..
 Dir: ¿al final no es él?

Cf. conmutación:

*Sub₂ → Dir: **boluda**// habría que contestar esta información/ pero vendría a ser algo así..

Un ejemplo más sencillo que cabría dentro de este marco, pero que también ilustra fielmente la controversia que se da al conmutar *che* por *boludo*, es la combinación *Che* más un cargo o una función que implica jerarquía. En este caso concreto (el ejemplo no. 12), el intercambio es alumno → profesor.

- (12) **Che + cargo, función:** *Che*, profe ≠ **Boludo*, profe



Por más evidente que pueda resultar, cabe hacer dos comentarios al respecto. Primero, como ya hemos podido comprobar en las páginas anteriores (sección 5), es muy raro que el hablante utilice el marcador *boludo* como una partícula de llamada independiente (sin una interjección previa — *eh, che, /h/ey*), ya que por su naturaleza categorial es difícil que llegue a desempeñarse como una *expresión de preparación conversacional* —por tanto, es improbable que pueda reemplazar al *che* como su *equivalente*—. Y segundo, pese a que *che* en el trato escolar no es una manera preferida de llamar la atención del profesor, hay que reconocer que la ocurrencia de la combinación *che + profe* es bastante común (el ej. 12 es un ejemplo real). Por el contrario, el empleo de *boludo* no solamente que no se considera preferido, sino que más bien es inconveniente o incluso ofensivo.

Estas situaciones, claro está, no surgen únicamente del ámbito escolar, sino también de otros entornos laborales (oficinas, supermercados y otros espacios). Un ejemplo que lo demuestra fue tomado de un intercambio taxista-clienta (cf. también Šmídová 2014: 12). Un taxista de 58 años le está haciendo un cumplido a una mujer joven y, a pesar de ser una persona desconocida, emplea el *chee*, percibiéndolo como un recurso de trato cortés y cariñoso. ¿Qué pasa, sin embargo, si en lugar del *che* empleamos un *boluda*?

(13) Notas: Tax (taxista), Cli (cliente)

Tax: sí normalmente (lo) tenés que guardar/// **chee** aparte qué lindos ojos que tenés/ eeh// [sí// señorita...]

Cli: [no] gracias/// igual, yo igual estoy muuuu cansada

Tax: bueno/ a descansar/ eeste/ buenoo/ muy buen casamiento yyy/ que (la) pases muy bien/// [DIVERTITE MUUUCHO]

Cli: [muchas graacias]

Cf. conmutación:

*Tax → Cli: sí normalmente (lo) tenés que guardar/// **boludaa** aparte qué lindos ojos que tenés/ eeh// [sí// señorita...]

Sin entrar en detalles, en este caso concreto creemos suficiente afirmar que reemplazar *che* por *boluda* sería una indiscutible violación de normas, dado que se trata de un intercambio entre dos personas desconocidas, de edad y sexo diferentes y en un contacto (semi-)profesional.

8. BOLUDO EN LA COMUNICACIÓN GRUPAL, STYLE-SHIFTING

Se suele afirmar que el uso del marcador *boludo/a* predomina entre la juventud y los adolescentes y que las personas mayores casi no lo emplean. Es cierto que los jóvenes tienden a recurrir al *boludo/a* con una frecuencia considerable en comparación con los demás grupos etarios, pero ya la misma definición de los “jóvenes” es bastante problemática. Algunos autores (como Jørgensen 2009, 2011) realizan sus estudios sobre *boludo/a* tan solo en hablantes de entre 13 y 19 años, mientras que otros (Ramírez Gelbes y Estrada 2003) el grupo más joven directamente no lo toman en cuenta y se con-



centran en los hablantes de entre 18 y 45 años. Muchas veces, sin embargo, la edad no es el factor único que influye en la recurrencia de dicho marcador y es necesario prestarle atención también a una especie de *code-switching*, o mejor *style-shifting*, por medio de la cual, y habiéndose establecido determinadas condiciones contextuales y/o situacionales, el hablante cambia repentinamente su manera de expresarse, de comunicar y, por tanto, de utilizar ciertos recursos lingüísticos como *boludo/a*.

Un caso ejemplar es el de una estudiante universitaria de biotecnología de 23 años (llamémosla Rosa). Lo que hace falta destacar es que mientras que en sus discursos cotidianos (grabaciones tomadas en el 2015) suele figurar *che*, Rosa raras veces emplea el marcador *boludo/a*, a no ser que esté conversando con su hermana menor (21 años, analista financiera). No obstante, en el momento de reunirse con sus amigas del colegio (coetáneas) o con sus amigos de la facultad (\pm coetáneos), su forma de hablar cambia, así como cambia la frecuencia con la que utiliza *boludo/a*. Su comportamiento discursivo se ve alterado a partir del primer instante en el que se encuentra con algún grupo de sus amigo/as íntimo/as, es decir, de personas entre las cuales se ha alcanzado un grado muy elevado de confianza mutua, debido a que comparten carreras e intereses, pasan mucho de su tiempo libre juntas y, además, son del mismo rango de edad (para comprobar lo dicho, ver el ej. no. 14 y los apartados que le preceden).

Este tipo de comportamiento nos lleva a creer que la recurrencia del vocablo *boludo/a* en su versión de marca conversacional no depende tan solo de quién la utiliza (individuo social de tal clase, edad y sexo), sino también con quién y bajo qué condiciones la utiliza (en el marco de qué registros funcionales). Para afirmar lo anterior nos basamos, entre otros, en el trabajo de Milroy y Gordon (2003) quienes (hablando de *intraspeaker variation*) sostienen que (la negrita es nuestra):

A great many types of **context-sensitive linguistic variation** may be described as stylistic, ranging from the small-scale phonological variables studied by Labov (1972b) and Eckert (2000) to Biber and Finegan's (1994) work on registers — i.e., global language varieties associated with different occasions of use (Milroy — Gordon 2003: 198–199). (consultar la sección 9 también)

Falta recordar que la comunicación grupal no es un fenómeno exclusivo de los jóvenes, sino que es algo propio de toda la raza humana y que todas las personas que rodean una actividad pueden llegar a formar un grupo de mucha confianza interpersonal e instaurar así condiciones idóneas para el empleo de un marcador de trato íntimo como es *boludo/a*, aunque es verdad también que los jóvenes son los más propensos a integrarse en grupos informales. No obstante, lo cierto es que mientras el marcador *che* suele surgir del habla de uno durante todo el día sin verse demasiado limitado situacionalmente (aunque nunca está libre de propiedades contextuales), el uso de *boludo/a* se restringe a ciertos contextos bien delimitados y delimitables y a determinadas situaciones.

A continuación se presenta un ejemplo que demuestra todo lo dicho anteriormente. Las circunstancias son las siguientes: Una tarde de otoño, tres chicas (Rosa y otras dos rodeando los 23 años de edad, todas con formación universitaria y de clase media alta y alta) y la investigadora deciden salir a tomar un café en una plaza de la CABA. Para llegar, es necesario viajar unos 30 minutos en auto, con lo que se ofrece una oportunidad



única de grabar y observar el habla de las presentes. Las tres mujeres son un grupo de amigas íntimas que se conocieron en el colegio. Comparten muchos intereses, tienen varios amigos en común y suelen pasar al menos una parte de sus vacaciones juntas.

A la hora de subirse en el vehículo, se desata una charla muy relajada entre ellas, en cuyo transcurso se observa un gran salto estilístico frente al estilo discursivo estándar de las chicas, fenómeno que (en la situación comunicativa planteada) da lugar a promocionar el empleo del marcador *boludo/a*. Para ser concretos, en unos 29 minutos de grabación (que incluyen dos períodos de silencio relativamente largos, ya que superan 30 segundos) se dan 26 (!) ocurrencias de *boluda* y unas 6 ocurrencias de *che*.

Rosa, que en su vernáculo funcionalmente no alterado suele recurrir al *boludo/a* apenas dos veces al día, durante el viaje de media hora emplea dicho marcador 15 (!) veces, Pilar 7 veces y Mariana 4 veces. En el caso de Mariana hay que advertir, sin embargo, que ella es la que menos habla durante toda la conversación (su participación activa rodea unos 5 minutos). Es interesante, además, que 6 ocurrencias de *boluda* empleadas por Pilar se refieren a un solo tema de conversación (la depilación femenina), 5 de las cuales surgieron de un intervalo menor de dos minutos. Por razones de espacio no se reproduce el intercambio entero, sino que se incluyen únicamente los fragmentos en los que Pilar utiliza *boluda*:

(14) Notas: Pil (Pilar)

Pil: perooo/ me lo quiero hacer **boluda (6:08)**// porque sufro un montón/ me tengo que andar depilando con cera cada quince (minutos)

Pil: mirá **boluda (6:26)** me lo saco con cera/ mirá parece- pelo de- de hombre/ parezco Ezequiel Graso// entonces los dos mil y pico que pensaba ahoRRAR

Pil: ya fue **boluda (6:30)**/ para la depilación

Pil: sí **boluda (7:23)** me maata// ^{poque} yo tengo todo viste/ los labios completos todo/ le di^o bajámelo po^rque me muero le di^o/ entonces me lo baja/y claaró/ no- no es lo mismo viste

Pil: re larga la tengo la axila **boluda (7:52)**/ yo que me depilo de los nueve años con- con Gillette te imaginás verrede a full tenía/ verde Shrek parecía más o menos

Pil: me salen re parados **boluda (12:10)**/ como si me hubiera afeitado/ digo al pedo me- sufro tanto/ le paso la maquinita y es lo mismo claro

Si estudiamos bien los fragmentos e intentamos sustituir *boluda* por *che*, averiguaremos que en todos los casos es perfectamente posible realizar tal conmutación sin alterar ni ofender al oyente. *Boluda* en dicho contexto funciona como marcador de control de contacto y no lleva un valor expresivo demasiado marcado, lo que se corresponde más o menos con las propiedades del *che* en su versión metadiscursiva y es el caso en el que “nuestros” dos marcadores podrían confluír con más probabilidad. Ahora bien, lo que tiene el tal *che* es su neutralidad, su incapacidad de ser un signo de identificación grupal (tratado más arriba), y es precisamente por eso que, a pesar de su afinidad local mutua, el marcador *che* no podría reemplazar al *boluda* sin causar pérdidas situacionales y/o funcionales. Ya aquí se ha trazado, pues, la distinción entre *boludo/a* como marcador de identidad grupal y *che* como marcador de identidad nacional, problema del que se ocupa la sección siguiente.

9. CHE, BOLUDO Y LA (SOCIEDAD)

Basándonos en lo que declara Gelman (2013), *boludo* debería ser la palabra con la que mejor se identifica la nación argentina. Ahora, si uno aplica la herramienta lingüística más utilizada en el pasado y que aún sigue teniendo sus defensores intransigentes, esto es, la *introspección*, y encuesta a los hablantes nativos, se da cuenta de que las generaciones más jóvenes reconocen o admiten que *boludo/a* es una expresión recurrente en las calles argentinas, así como entre los compañeros del colegio y/o de la universidad, y que es una importante señal de confianza y complicidad (cf. la sección anterior). Por otra parte, son muchos los que rechazan el uso de este vocablo (ante todo la gente mayor y las personas que alcanzaron una formación académica superior) por vulgar y despectivo, por ser un modismo pasajero sin arraigo, por proclamar otros valores o por sentirse ofendidos de haber sido identificados con una palabra primitiva, entre otras razones (datos introspectivos recolectados en el 2015).

La cuestión es: es posible identificar a un país con una palabra que en el momento de decidir está de **moda** entre los adolescentes y los jóvenes (por más frecuente que sea entre ellos) **O** con una palabra que tiene mucha **tradicción**, **sigue** empleándose con una frecuencia notable y aparece en el habla de **toda** la sociedad (a través de todos los grupos etarios y todas las clases sociales; tanto en la familia como en ámbitos más formales).

Hay que admitir que no todo tiene validez absoluta. Al examinar los resultados de los dos proyectos de investigación mencionados en la parte introductoria (2014 y 2015), averiguamos que tal como podemos encontrarnos con personas mayores (de 60 y más años) que emplean el marcador *boludo/a* (pese a su frecuencia limitada), también hay hablantes que juzgan el empleo del *che* e intentan (satisfactoriamente o no) obviarlo, lo que generalmente es el caso de los porteños propiamente dichos (nacidos y vivientes en la CABA) y pertenecientes a la clase media alta y alta (datos del análisis cuantitativo del *che*, Šmíková 2014: 17).

Es natural, sin embargo, que para designar a una palabra como definitoria de todo el pueblo sea más apropiado elegir una que represente toda la sociedad: personas de todos los rangos de edad, de todas las clases sociales, de diversos cargos laborales etc. *¿Por qué entonces Gelman eligió boludo? ¿Habrá sido una forma de queja contra la decadencia del vocabulario y el estado general del pueblo argentino?*

Desde un punto de vista, se podría objetar que el famoso *boludo/a* está en su época de desarrollo y que refleja un fenómeno que bien explica p. ej. Eckert (1997: 163 en Milroy — Gordon 2003: 39):

Adolescents are commonly reported to lead in the use of innovative forms, a trend apparently related to their engagement in constructing identities in opposition to — or at least independently of — their elders.

Por otra parte, gracias al trabajo de las autoras Ramírez Gelbes y Estrada (2003), sabemos que ya en el 2003, es decir, hace más de 10 años, *boludo/a* se encontraba en su época de auge, lo que genera inseguridad sobre qué tan innovador el marcador *boludo/a* en realidad puede resultar en el habla argentina de hoy.





Una mirada más exacta sobre el grado de impacto que tiene la edad en la recurrencia del marcador *boludo/a* podría alcanzarse por medio de un análisis cuantitativo. Éste supone un nuevo reto para la autora del presente. De momento nos limitamos a reiterar que los factores más importantes para el empleo de dicho marcador parecen ser el grado de intimidad y su uso intragrupal, concepto que Eckert relaciona con el término *community of practice*:

An idea related to social network, to locate the interactional sites where social meaning is most clearly indexed by language, and where language variation and social meaning are co-constructed. A community of practice can be defined as an aggregate of people coming together around a particular enterprise (Eckert 2000: 34-35 en Milroy — Gordon 2003: 118)

Por el contrario, como ya se ha insinuado, *che* se escucha en los discursos a través de (casi) toda la sociedad argentina y es, por tanto, un índice de identidad nacional más que microgrupal.

10. CHE, BOLUDO Y LA EXPRESIVIDAD

Retomando temas lingüísticos: aunque reconozcamos que *che* en determinados contextos comunicativos puede llegar a ser reemplazable por *boludo/a*, tal y como insinúan Ramírez Gelbes y Estrada (2003, consultar la sección segunda), lo que tiene *boludo/a* es su expresividad inherente que alcanza un grado mucho más alto del que pueda disponer cualquier *che*. Y es por eso que la sustitución *che-boludo/a* produce desequilibrio estilístico y termina violando el marco situacional y social en el que se está desarrollando el diálogo. Observemos algunos ejemplos reales (tomados en el año 2014) con *che*:

- (15) Notas: en una heladería (una vendedora hacia su compañera), Vnd (vendedora):
Vnd: **che**↑/ MONÍ/ traeme el de frutilla/ **che**→(6“) rápido/ **CHE**→
Cf. conmutación:
*Vnd: **boluda**/ MONÍ/ traeme el de frutilla/ **boluda** (6“) rápido/ **BOLUDA**
- (16) Notas: en una casa de alquiler (el casero hacia su hija y sus inquilinas), Cas (casero):
Cas: **che**/ FLOR/ bajáá/ **CHEE**→/// pero que cierren las ventanas/ que está lloviendo/ viste (5“) **che**→ (EN VOZ BAJA)/ esas chicas me vuelven loco/ vieron
Cf. conmutación:
*Cas: **boluda**/ FLOR/ bajáá/ **BOLUDAA**/// pero que cierren las ventanas/ que está lloviendo/ viste (5“) **boludo-a-as** (EN VOZ BAJA)/ esas chicas me vuelven loco/ vieron

Dejando aparte el contexto social, los ejemplos 15 y 16 indican varias complicaciones funcionales y estilísticas: primero (y como ya hemos visto en la sección 5), en los dos casos el *che* introductorio (que vendría a ser un *vocativo* de tipo *expresión de prepara-*



ción) al que le sigue un nombre propio es irremplazable por *boluda*, ya que no es capaz de desempeñarse como tal tipo de *vocativo*.

Luego, en ambos casos, el segundo *che* está precedido por una orden y, por tanto, obtiene valor *directivo*. En dicho lugar, posicionalmente y funcionalmente, el marcador *boluda* podría sustituir al *che* sin violar la construcción conversacional, ya que es perfectamente posible su ocurrencia en medio del turno de habla, y sin alterar el objetivo de reforzar una orden, ya que asimismo tiene capacidad de reflejar la función *directiva*. Desde el punto de vista estilístico, sin embargo, la sustitución generaría desequilibrio: mientras que el empleo del *che* conlleva un tono mucho más neutro –que por más que esté ligado a un mandato, sigue conservando cierto respeto verbal hacia la oyente– *boluda* en el mismo lugar estaría indicando un grado mayor de confianza e intimidad entre los interlocutores y además tendría una carga expresiva superior. De los dos ejemplos, no obstante, el no. 16 sería el que quizás permitiera el uso de *boluda*, visto que más o menos encajaría en la situación dada debido a las cualidades fónicas (o refuerzo fónico) del *CHEE* en cuenta.

Finalmente, el tercer *CHE* del ej. 15, por más expresivo y reforzado que suene, en ningún momento se tratará de una voz injuriosa, lo que, al contrario, sucede si lo sustituimos por *BOLUDA*, manteniendo la misma carga expresiva. Bajo tales condiciones, sin lugar a dudas, la oyente interpretaría el uso de *boluda* como un insulto.

El último ejemplo en este punto no coincide con el no. 15. Visto que el fragmento del ej. 16 que contiene el tercer *che* puede tener varios destinatarios (las inquilinas, la hija o el propio casero), resulta difícil decidir si conmutarlo por un *boludAS*, *boludA* o *boludO*. Gracias al análisis cualitativo realizado anteriormente (Šmídová 2014: 10), sin embargo, sabemos que el *che* en cuestión representa un simple lamento o un recurso de queja (sin un destinatario explícito), de ahí que más probablemente se trate de un uso impersonal. Al reemplazar el *che* por un *boludAS*, *boludA* o *boludO*, es decir, por un marcador que por su naturaleza adjetival tiende a expresar categorías nominales, se pierde el rasgo de impersonalidad. Para evitarlo, habría que utilizar un *boludo* invariable (al estilo del marcador *hombre español*) que, no obstante, no está lo suficientemente arraigado en el discurso cotidiano y, aun si lo estuviera, seguiría llevando una connotación ofensiva y una carga expresiva mucho más negativa comparada con la que lleva el *che* cuasiautorreferente en el contexto planteado.

Es evidente, pues, que dadas las propiedades expresivas del marcador conversacional *boludo/a*, el *che* como una partícula estilísticamente menos marcada raras veces puede llegar a ser reemplazado por *boludo/a* sin que cambie o sin que se vea afectado el marco situacional o contextual. Esta distinción se hace todavía más saliente si recordamos el significado original de la palabra *boludo* como un insulto, una voz injuriosa, una mala palabra.

11. CHE Y BOLUDO EN LA COMUNICACIÓN INTERCULTURAL

Un comentario al margen que se ofrece hacer (dado el origen de la investigadora) es trazar el comportamiento de las dos marcas conversacionales en cuenta con respecto al intercambio entre un nativo y un extranjero. Al principio es importante mencio-



nar que ni *boludo/a* ni *che* son palabras preferidas en el discurso con un extranjero y el nativo tiende a obviarlas o suprimirlas. No obstante, es imprescindible advertir que hay muchos factores que influyen. Uno de ellos es el tiempo que el extranjero lleva en el país de destino (en nuestro caso, Argentina), cómo se expresa, cómo pronuncia y qué nivel de español ha alcanzado en general; es necesario saber también desde hace cuánto el nativo conoce a su interlocutor extranjero, en qué posiciones sociales se encuentran uno con respecto al otro, a qué grado de confianza han llegado, si el contacto comunicativo entre ellos es frecuente o esporádico y otros más.

Teniendo en cuenta estos argumentos, podemos llegar a algunas generalizaciones. Primero, es muy probable que si alguno de los dos marcadores tiene que aparecer en un intercambio tal, sea preferible el uso de un *che*, ya que representa una marca conversacional mucho más neutral que *boludo/a*. Segundo, si el *che* realmente surge, podemos asumir que entre el nativo y su interlocutor foráneo ya se ha llegado a cierto grado de confianza y que los participantes se conocen lo suficiente. Tercero, es de esperar que el *che* que ocurre en una conversación de tal carácter sea producto del nativo; en el caso opuesto (y si el marcador *che* llega a emplearse correctamente), es más probable que el extranjero haya logrado un dominio de español que le permite utilizar las muletillas y los marcadores discursivos en general. Cuarto, si surge un *boludo/a*, hay dos posibles explicaciones: la relación entre los interlocutores de distinto origen lingüístico y cultural es lo suficientemente estrecha para poder emplearlo como una señal de confianza y un signo de complicidad o no hay tal confianza y el interlocutor (preferiblemente el nativo) está violando intencionalmente las máximas de cortesía y está insultando o atacando verbalmente al participante foráneo. En los dos casos se presupone un nivel de conocimiento lingüístico avanzado del extranjero (incluidas las peculiaridades de la variedad rioplatense o argentina) para poder participar en un intercambio de tanta cotidianeidad. Quinto, si el extranjero no dispone de tal conocimiento lingüístico, el nativo lo sabe (o lo presume) y sin embargo emplea el *boludo/a*, se trata de una considerable falta de respeto, ya que el nativo está ridiculizando a su interlocutor (en ocasiones públicamente) sin que éste sea consciente de eso y sin poder defenderse. Finalmente, es muy probable que en la conversación en la que aparece *boludo/a* aparezca o haya aparecido *che* también.

Como vemos, *che* y *boludo/a* representan una cadena de comportamientos diferentes en dado contexto social-comunicativo (conversación nativo-extranjero), lo que nos lleva a concluir nuevamente que *che* no es libremente reemplazable por *boludo/a*.

Queda por decir que este breve resumen de lo que supone un intercambio entre un nativo y un extranjero y el uso de los marcadores *che* y *boludo/a* es un mero intento de introducir un problema que se merecería una mayor atención y profundización.

12. CONCLUSIÓN

A través del presente artículo hemos intentado demostrar que no es del todo apropiado considerar el marcador *boludo* un equivalente al marcador *che*. Hemos visto que *che* y *boludo* no siempre se identifican con las mismas fases conversacionales, pues *che* frecuentemente funciona como una *expresión de preparación*, mientras que *boludo* ca-

rece de esta capacidad y suele ubicarse en la fase de *apertura* conversacional. Cierta jerarquía familiar y las normas de cortesía, que por una parte permiten el empleo casi ilimitado de *che*, impiden que el marcador *boludo* se utilice en el intercambio *hijos* ↔ *padres*, si es que no lo posibilitan algunas circunstancias particulares. De modo parecido, en los ámbitos formales, semi-formales o profesionales es posible o suele permitirse el uso del marcador *che* al contrario de lo que sucede con *boludo*, cuyo empleo significaría una grave violación de normas, particularmente si se tratase de una intervención *inferior* → *superior*. Por otro lado, se ha averiguado que al conmutar *boludo* por *che* en un intercambio efectuado entre amigos íntimos se pierde una información estilística valiosa, pues el marcador *boludo* funciona como un signo de identidad intragrupal, propiedad de la que *che* como una marca con cobertura general carece. Queda demostrado también que el grado de expresividad que alcanza *boludo* es más alto del que pueda disponer cualquier *che* y que no es lo mismo un *che* y un *boludo* en una conversación establecida entre un nativo y un extranjero. Un análisis cuantitativo que permita comparar la recurrencia de *che* y de *boludo* con respecto a la edad, al sexo y a la clase social queda como un reto pendiente.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Asociación de Academias de la Lengua Española (2010) *Diccionario de americanismos*. Madrid: Santillana. Accessible en: <http://www.asale.org/recursos/diccionarios/damer> [2015-12-04].
- Bañón Hernández, A. M. (1993) *El vocativo en español. Propuestas para su análisis lingüístico*. Barcelona: Octaedro.
- Boyer Rodríguez, M. J. (2005) *Aportación al estudio de los marcadores conversacionales que intervienen en el desarrollo del diálogo*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Bracken, J. (2005) *¡Che Boludo! A Gringo's Guide to Understanding the Argentines*. Ediciones Continente. 2a ed. 2008.
- Calsamiglia Blancafort, H. and A. Tusón Valls (1999) *Las cosas del decir: manual de análisis del discurso*. Barcelona: Ariel.
- De Cock, B. (2014) *Profiling Discourse Participants: Forms and Functions in Spanish Conversation and Debates*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company.
- Dini, E. G. (1996) Algo más sobre el vocativo. *Lo spagnolo di oggi*. AISPI. CVC. vol. II., 57-62.
- Fraser, B. (1999) What are discourse markers? *Journal of Pragmatics* 31, 931-952.
- Gelman, J. (2013) Aseguran que "boludo" es la palabra más representativa de la Argentina. *iProfesional.com*. Argentina, Buenos Aires: 22. 10. 2013. Accessible en: <http://www.iprofesional.com/notas/172605-Aseguran-que-boludo-es-la-palabra-ms-representativa-de-la-Argentina-> [2015-11-13].
- Grupo Val.Es.Co. (2005) La transcripción de un corpus de lengua hablada. In: Murillo Medrano, J. (ed) *Actas del II Coloquio Internacional del Programa EDICE*, 275-318. Universidad de Costarica.
- Jørgensen, A. M. (2009) Los marcadores del discurso en el lenguaje juvenil de Buenos Aires y Madrid. Una comparación. *Estudios sobre lengua, sociedad y cultura. Homenaje a Diana Bravo. Acta Universitatis Stockholmiensis. Romanica Stockholmiensis* 27, 164-177.
- Jørgensen, A. M. (2011) Formas de tratamiento: los vocativos en el lenguaje juvenil de Madrid, Buenos Aires y Santiago de Chile. In: Rebollo Couto, L. y C. dos Santos Lopes (eds) *As formas de tratamento em português e em espanhol: variação, mudança e funções conversacionais*, 127-150. Rio de Janeiro: UFF.



- Kleinknecht, F. (2013) Mexican güey — from vocative to a discourse marker. A case of grammaticalization? In: Sonnenhauser, B. y P. N. Aziz Hanna (eds) *Vocative! Addressing between System and Performance*, 235–268. Berlin/Boston: De Gruyter.
- Las palabras argentinas que nadie más entiende. *DiarioVelo.com* 24/7. Accessible en: <http://m.diarioveloz.com/notas/107390-las-palabras-argentinas-que-nadie-mas-entiende> [2015–11–11].
- Martín Zorraquino, M. A. y J. Portolés Lázaro (1999) Los marcadores del discurso. In: Bosque, I. y V. Demonte (eds) *Gramática descriptiva de la lengua española. Tomo III*, 4080–4191. Madrid: Espasa Calpe.
- Milroy, L. y M. Gordon (2003) *Sociolinguistics: Method and Interpretation*. Wiley: Blackwell.
- Pons Bordería, S. (1998) *Conexión y conectores: estudio de su relación en el registro informal de la lengua*. Cuadernos de Filología. Anexo XXVII. Valencia.
- Portolés Lázaro, J. (1998) *Marcadores del discurso*. Barcelona: Ariel.
- Ramírez Gelbes, S. y A. Estrada (2003) Vocativos insultivos vs. vocativos insultativos. Acerca del caso de boludo. *Anuario de Estudios Filosóficos* 26, 335–353.
- Ramos Signes, R. (2013) La palabra *boludo* y los argentinos. Globalización de cabotaje. *LA GACETA Literaria*. Tucumán: 3. 11. 2013. Accessible en: <http://www.lagaceta.com.ar/nota/566502/la-gaceta-literaria/palabra-boludo-argentinos.html> [2015–11–10].
- Real Academia Española (2014) *Diccionario de la lengua española* (23ª edición). Madrid: Espasa Calpe. Accessible en: <http://dle.rae.es/> [2015–12–14].
- Šmídová (Vostřáková), M. (2012) El ,ché' rioplatense. Etimología y frecuencia de uso según los factores sociológicos: contribución al concurso *Premio Iberoamericano*, XVIII edición, 2012. Supervisora: Miroslava Aurová. Universidad de Bohemia del Sur, Facultad de filosofía y letras, Instituto de lenguas románicas.
- Šmídová, M. (2014) Análisis sociolingüístico del marcador conversacional *che* en el español rioplatense. In: Aurová, M., J. Pešková, J. Prokop, y M. J. Santiago Gutiérrez (eds) *Al pie de la(s) letra(s): encuentro de hispanistas*. České Budějovice: *Universidad de Bohemia del Sur. Facultad de filosofía y letras*.
- Tannen, D., S. Kendall y C. Gordon (2007) *Family Talk. Discourse and Identity in Four American Families*. Oxford: University Press.

Mgr. Markéta Šmídová

University of South Bohemia in České Budějovice
 Faculty of Arts, Department of Romance Studies
 Branišovská 31a, 370 05 České Budějovice, Czech republic
smidovam.ju@gmail.com